

texto **Víctor Raga**



dibujos **Montse Español**

Algar

Descenso al barranco del Diablo

Explora los paisajes de la Tierra con el señor Cantalombardi



Una postal de hace cincuenta años

El sábado a media mañana, Elena y yo fuimos a ver al señor Cantalombardi. Nuestro amigo acostumbra a trabajar en su invernadero y, para no molestarle, subimos arriba del todo de la finca y desde allí, con ayuda de una escalerilla, bajamos a su terraza.

Pero tenemos su permiso, no penséis que somos unos salteadores de caminos. Elena y yo somos buenos chicos. Bueno, yo soy un buen

chico y mi vecina es un poco trasto, le encanta hacerme rabiar, siempre con la misma preguntita: «Martínín, ¿quieres ser mi novio?».

Primero, no me gusta que me llamen Martínín. A las chicas les encanta llamarte Martínín, chiquitín, alcachofita... y todo eso da ganas de vomitar. Y segundo, Elena y yo tenemos nueve años, no quiero tener novia a los nueve años, prefiero una espada, ser un espadachín y rescatar a una princesa encerrada en el castillo de un dragón, y casarme con ella para ser felices y comer perdices, así que ahora que no me vengan con historias de novios, por favor.

No voy arriba y abajo con Elena por gusto, sino porque vivimos en la misma finca, estudiamos en la misma escuela, vamos a la misma clase, y porque su madre trabaja y nos la manda a casa para que meriende y haga los deberes. Mi madre está encantada: «Qué bien



que tengas de vecina a una amiga, tan responsable y tan guapa, ¿eh?, ¿eh?, ¿eh?», dice, sin parar de mover las cejas. Y yo, la verdad es que preferiría tener un hámster.

¿Dónde estaba? Ah, sí, el señor Cantalombardi es amigo nuestro. Una vez Elena y yo le hicimos un favor, y desde entonces podemos bajar a su ático siempre que queremos para jugar, y nos ayuda a hacer los deberes o nos enseña un montón de cosas. Ahora el señor Cantalombardi está jubilado, pero hace años trabajaba de espía, de profesor o de vendedor de quesos y chorizos, no lo sé muy bien.

De manera que el sábado bajamos y buscamos a nuestro amigo en el interior del invernadero.

—¡Señor Cantalombardi! —gritó Elena.
Pero no obtuvimos respuesta.

–Puede que haya ido a comprarse cacahuetes y altramuces –dije.

Elena se echó a reír.

–¿Por qué dices eso?

–Huy, ¿y por qué no? A mí me gustan los cacahuetes y los altramuces. Una vez mi madre...

–Oh, para ya, Martinín, que dices tontearías de la altura de un campanario.

–Y tú a mí no me llames Martinín, hipopó...

Iba a decir *hipopótama*, pero Elena tiene la mano muy larga y, a la mínima, te endiña un capón. Así que ignoré la pregunta y pegué los ojos al cristal de la puerta.

El señor Cantalombardi estaba sentado en el sofá, de espaldas a la terraza. Al principio pensé que echaba una siesta, pero después me di cuenta de que estaba mirando algo. Enton-

ces solté un grito de hiena rabiosa, pero no para avisarle, sino porque Elena me estaba haciendo cosquillas.

–Ji, ji, ji. Suéltame, hipopótama.

Patapam, Elena me endiñó un capón y el señor Cantalombardi se dio la vuelta y nos vio.

El hombre se levantó, se acercó y nos abrió la puerta. Tenía los ojos rojos, como si le hubieran suspendido las matemáticas y sus padres se hubieran puesto como unos demonios.

–Ha sido Elena –dije.

El señor Cantalombardi sonrió.

–Sí, me lo creo, Martín, pones cara de no haber roto nunca un plato.

–De verdad, se lo prometo.

–Venga, pasad.

–Si no le viene bien, podemos volver en otra ocasión, no queremos molestarle –dijo

Elena con voz de niña buena, mientras miraba la postal que el señor Cantalombardi llevaba en la mano.

–Vosotros no molestáis nunca. Venga, adelante. ¿Queréis un vaso de leche?

–Y unas galletas, por favor –dije–. De chocolate, si es posible. Me encantan los barquillos de chocolate. Me comería más de mil.

Elena me soltó otro capón.

–No tengas tan poca vergüenza.

Primero, que no me gusta que me insulten; y segundo, que dos capones de Elena en un minuto son demasiados capones.

–Eres una rata de alcantarilla, ¿sabes? –le dije–, tu madre debería lavarte la lengua con un estropajo de alambre, y tendría que...

Patapam: tres capones. Bien empezaba el día.